

Al mismo tiempo que Nodier, murieron en el Arsenal la alegría, la animación y la luz : todos quedamos cubiertos de luto ; cada uno de nosotros perdió una parte de su ser propio, al perder á Nodier.

Por lo que á mi hace, no sé cómo decir esto : se me figura que tengo algo muerto en mí desde que murió Nodier ; algo que vive, solamente cuando hablo de él : por eso hablo de él con tanta frecuencia.

La historia siguiente, es la que me contó Nodier.

V

La familia de Hoffmann

En el número de las preciosísimas ciudades que se recuestan sobre las orillas del Rhin, como tras tantas cuentas de un rosario cuyo hilo fuese el río, es preciso contar á Manheim, la segunda capital del gran ducado de Baden, á Manheim, la segunda residencia del gran duque.

Hoy que los buques de vapor que suben y bajan por el Rhin tocan en Manheim, hoy que un camino de hierro conduce á Manheim, hoy que Manheim, en medio del estrépito de tiros y cañonazos, ha hecho flotar en el aire, con los cabellos tendidos, y el manto manchado de sangre, el estandarte de la rebelión en contra de su gran duque, no sé yo lo que será Manheim ; pero en la época en que comienza esta historia, esto es, ahora cincuenta y seis años, era lo que voy á decir.

Era la ciudad alemana por excelencia, tranquila y política á un mismo tiempo ; era una ciudad algo triste, ó más bien algo soñadora ; era la ciudad de las novelas de

Augusto Lafontaine, y de los poemas de Goethe, de Enriqueta Belmann y de Werther.

Basta en efecto con echar una mirada sobre Manheim para juzgar al instante, al ver sus casas perfectamente alineadas, su división en cuatro barrios, sus anchas y hermosas calles en las que no hay hierba, su fuente mitológica y su paseo sombreado por dos hileras de acacias que lo atraviesan de parte á parte, para juzgar, repito, de cuán agradable y suavemente correría la vida en semejante paraíso, si las pasiones amorosas y políticas no fueran algunas veces á poner la pistola en mano de Werther y el puñal en la mano de *Sand*.

Hay especialmente una plaza que tiene un carácter particular ; y es la plaza en que están á la vez el teatro y la iglesia.

Iglesia y teatro fueron edificados probablemente á un mismo tiempo, quizás por un mismo arquitecto, y acaso también á mediados del pasado siglo, cuando el capricho de una favorita influía en el arte, hasta el punto de que tomase su nombre uno de los géneros ; en todos los objetos desde la iglesia hasta la casa más pequeña, desde la estatua de bronce de diez codos hasta las figurillas de porcelana de Sajonia.

La iglesia y el teatro de Manheim siguen el estilo Pompadour.

La iglesia tiene dos nichos exteriores : en uno de estos nichos hay una Minerva, y en el otro una Hebe.

La puerta del teatro tiene encima dos esfinges : una de ellas representa la comedia y la otra la tragedia.

La primera de estas esfinges tiene á sus pies una careta, y la segunda un puñal : ambas peinadas con el pelo todo levantado y reunido detrás en un rodete lleno de polvos, lo cual sienta de un modo maravilloso á aquellas estatuas de carácter egipcio.

Por lo demás, toda la plaza con sus casas contornea-

das y sus árboles rizados y sus paredes llenas de festones, guardan armonía entre sí y forman un conjunto preciosísimo.

¡ Pues bueno ! á una habitación situada en el primer piso de una casa desde cuyas ventanas se ve oblicuamente el portal de la iglesia de los Jesuitas, es adonde vamos á conducir á nuestros lectores, haciéndoles observar de pasada que lo rejuvenecemos en más de medio siglo y lo llevamos no sólo al año de gracia ó de desgracia de 1793, sino también al domingo 10 de mayo de dicho año. Todo estaba por consiguiente á punto de florecer : las algas en la orilla de río, las margaritas en la pradera, los espinos en los vallados, la rosa en los jardines y el amor en los corazones.

Y añadamos ahora que uno de los corazones que latían con más violencia en la ciudad de Manheim y sus alrededores, era el del joven que vivía en el cuarto de que acabamos de hablar, y desde cuyas ventanas se veía oblicuamente el portal de la iglesia de los Jesuitas.

La habitación y el joven merecen cada uno de por sí una descripción especial.

La habitación lo era indudablemente de alguna persona á un mismo tiempo caprichosa y pintoresca, porque tenía á la vez el aspecto de taller, de almacén de música y de gabinete de estudio.

Había en ella una paleta, varios pinceles y un caballete; y sobre este caballete un boceto empezado.

Había además una guitarra, una viola y un piano; y sobre este piano una pieza de música abierta.

Había también una pluma, tinta y papel; y sobre este papel el borrador de un balada empezada.

Pero después se veían también arrimados á las paredes, arcos, flechas y ballestas del siglo XV, grabados del siglo XVI, instrumentos de música del siglo XVII, y cofres de todas las épocas, jarros de todas hechuras,

aguamaniles de todas clases, y en fin collares de vidrio, abanicos de plumas, lagartos rellenos de paja, flores secas, un mundo entero; pero un mundo que todo junto no valía en plata ni veinticinco *thalers*.

El que vivía en aquella habitación ¿ era pintor, era músico, ó era poeta? No lo sabemos.

Pero de cierto era fumador; porque en medio de todas aquellas colecciones, la más completa, la que estaba más á la vista, la que ocupaba el puesto principal, y se ostentaba al sol encima de un canapé antiguo, y al alcance de la mano, era la colección de pipas.

Por fuese poeta, músico, pintor ó fumador, lo que es en aquel momento ni fumaba, ni pintaba, ni notaba, ni escribía.

No : lo único que hacía era mirar.

Miraba, inmóvil, en pie, recostado en la pared, aguantando la respiración; miraba por la ventana abierta, después de haber echado la cortina á modo de pantalla, para ver sin ser visto; miraba como se mira cuando los ojos no son otra que el anteojo del corazón!

¿ Y qué era lo que miraba?

Miraba un sitio que estaba entonces enteramente solitario : el portal de la iglesia de los Jesuitas.

¿ Y qué aspecto tenía aquel que vivía en la habitación, que miraba por detrás de la cortina, cuyo corazón latía con tanta violencia al tiempo de mirar?

Era un joven que tendría, cuando más, diez y ocho años, bajo de cuerpo, delgado, y de agreste fisonomía. Sus largos y negros cabellos le caían de la frente á los ojos cubriéndoselos cuando no los separaba con la mano, y por entre sus cabellos brillaban sus miradas fijas y ardientes, como las del hombre cuyas facultades mentales no permanecen siempre en completo equilibrio.

Aquel joven no era poeta, pintor, ni músico : tenía de todo á la vez; era la poesía, la música y la pintura reu-

nidas; era un conjunto raro, fantástico, bueno y malo, animoso y tímido, activo y perezoso; aquel joven, en fin, era Ernesto, Teodoro, Guillermo Hoffmann.

Había nacido en una rigurosa noche del invierno de 1776, mientras silbaba el viento y caía la nieve, y padecía todo el que era pobre; había nacido en Königsberg, punto situado allá en el fondo de la antigua Prusia: había nacido tan débil, tan cenceño y con tan endeble constitución física, que todo el mundo creyó que corría más prisa mandar prepararle una tumba, que comprarle una cuna; había nacido el mismo año en que Schiller, acabando su drama titulado *Los Ladrones*, la firmaba con este renglón: *Schiller, esclavo, de Klopstock*; había nacido en medio de una de las familias de la antigua clase media, de aquella clase media que había en Francia en tiempo de la Fronda, que hay todavía en Alemania, y que dentro de poco no habrá en ninguna parte; había nacido de una madre cuyo temperamento era enfermizo, pero cuya resignación era profunda, lo que hacía que se notase en toda su persona un tono melancólico en extremo interesante; había nacido, en fin, de un padre cuya conducta y carácter eran severos, y que desempeñaba el cargo de consejero criminal y comisario de justicia en el tribunal superior de la provincia. Junto á aquella madre y á aquel padre había tíos jueces, bailíos y burgomaestres, y tías todavía jóvenes, hermosas y coquetas: tíos y tías que todos eran músicos y artistas; que todos estaban llenos de savia y vivían alegres. Hoffmann decía que los había visto, y que se acordaba de cuando celebraban todos juntos, teniendo él entonces ya seis, ya ocho, ya diez años, conciertos extraños en que cada uno de ellos tocaba uno de aquellos antiguos instrumentos, de cuyos nombres nadie sabe hoy: timpanos, rabeles, cítaras, sistros, violas de amor, y violas de gamba. Verdad es que nadie había visto aquellos tíos y tías músicos más que

Hoffmann, y que tíos y tías habían ido desapareciendo unos tras otros, como espectros, después de haber apagado, al tiempo de retirarse, la luz que ardía en sus pupitres.

Sin embargo, de todos aquellos tíos quedaba uno, y de todas aquellas tías quedaba una.

Esta tía formaba uno de los más encantadores recuerdos de Hoffmann.

En la casa en que Hoffmann había pasado su juventud, vivía una hermana de su madre; una joven cuyas miradas suaves penetraban en lo más profundo del alma; una joven de agradable carácter, de notable talento, de mucha delicadeza, y que en el niño que todos tenían por loco, por maniático y por desesperado, hallaba un genio eminente; que era la única, fuera de su madre por supuesto, que defendía al pobre muchacho; la única en predecir su genio y su gloria: predicción que más de una vez trajo las lágrimas á los ojos de la madre de Hoffmann, porque sabía que la compañera inseparable del genio y de la gloria era la desgracia.

Esta tía era Sofía.

Sofía era música también como toda la familia; tocaba el laúd. Cuando Hoffmann se despertaba en su cuna, se despertaba inundado de vibrantes armonías; cuando abría los ojos veía las graciosas formas de aquella joven, casada con su instrumento. Tenía puesto generalmente un vestido verde-mar con moños color de rosa, y casi siempre la acompañaba un músico viejo, de piernas torcidas y peluca blanca, que hacía de bajo con un instrumento más grande que él, al cual se pegaba, subiendo y bajando como un lagarto por una calabaza silvestre, y en aquel torrente de armonía que salía como si fuera de perlas de los dedos de la hermosa Enterpe, era donde Hoffmann había bebido el filtro encantado que lo había hecho músico.

Por eso para Hoffmann no había un recuerdo más agradable que la buena memoria de su tía Sofía.

No sucedía lo mismo con respecto á su tío.

Este era un hombre tan exacto como el pobre Hoffmann despilarrado; y tan ordenado como el pobre Hoffmann excesivamente fantástico: un hombre cuyo carácter de orden y de exactitud había estado siempre batallando con su sobrino, y siempre tan inútilmente como el de Carlos V con sus relojes: por más que hacía el tío, la hora llegaba siempre para el capricho de su sobrino y jamás para el suyo.

Y sin embargo, aquel hombre no era realmente enemigo declarado de las artes y de la imaginación, á pesar de su exactitud y regularidad: toleraba la música, la poesía y la pintura; pero decía que ningún hombre sentado debía recurrir á semejante descanso más que después de la comida, para facilitar la digestión. Sobre este tema había arreglado la vida de Hoffmann: tantas horas para el estudio de la abogacía, tantas horas para la comida, tantos minutos para la música, tantos minutos para la pintura y tantos minutos para la poesía.

Hoffmann hubiera querido volver lo de arriba abajo y decir, tantos minutos para la abogacía, y tantas horas para la poesía, la pintura y la música; pero Hoffmann no era quien mandaba, de donde resultó que le tomó un indecible aborrecimiento á la abogacía y á su tío, y un día se escapó de Königsberg con unos cuantos *thalers* en el bolsillo y llegó á Heidelberg, donde hizo alto por algunos instantes y en donde no pudo quedarse al ver la malísima música que se tocaba en el teatro.

Á resultas de esto, salió de Heidelberg y se fué á Manheim; cuyo teatro, junto al cual vivía, como ya se ha visto, rivalizaba, según se decía, con los teatros líricos de Francia y de Italia: decimos de Francia y de Italia, porque es menester que no nos olvidemos de que,

cuando pasaban estos sucesos, no hacía más que cinco ó seis años que había ocurrido en la academia real de música la gran lucha entre Gluck y Piccini.

Hoffmann estaba pues en Manheim, en donde habitaba cerca del teatro, y en donde vivía con los productos de su pintura, de su música y de su poesía, y con algunos *federicos* de oro que su buena madre le remitía de vez en cuando, en el momento en que apoderándonos del privilegio del Diablo Cojuelo, acabamos de levantar el techo de su habitación, y de enseñarlo á nuestros lectores, en pie recostado en la pared, inmóvil detrás de su cortina, aguantando la respiración y con los ojos fijos en el portal de la iglesia de los Jesuitas.

VI

Un enamorado y un loco

En el momento en que algunas personas saliendo de la iglesia de los Jesuitas, aun cuando la misa estaba á su mediación, llamaban más vivamente la atención de Hoffmann, tocaron á la puerta de su cuarto.

El joven meneó la cabeza y dió una patada en el suelo en señal de impaciencia; pero no respondió ni una palabra.

Llamaron por segunda vez.

Una mirada torva salió como un rayo para anonadar al indiscreto.

Llamaron por tercera vez.

Esta tercera vez el joven permaneció enteramente inmóvil, porque estaba notablemente decidido á no abrir.

Pero en vez de obstinarse en llamar el desconocido se contentó con pronunciar uno de los nombres de Hoffmann y exclamó :

— ¡ Teodoro !

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, Zacarias Werner ? murmuró Hoffmann.

— Sí, yo soy : ¿ tienes empeño en estar solo ?

— No, espera.

Y Hoffmann fué á abrir.

Un joven alto, pálido, delgado y rubio, entró algo despavorido. Tendría tres ó cuatro años más que Hoffmann ; en el momento de abrir éste la puerta, le puso la mano en el hombro y los labios en la frente como hubiera podido hacer un hermano mayor.

Y era en efecto un verdadero hermano para Hoffmann : habiendo nacido en la misma casa, que él, Zacarias Werner, autor futuro entonces del *Martin Lutero*, del *Atila*, del *24 de Febrero* y de la *Cruz del Báltico*, había crecido bajo la doble protección de su madre y de la madre de Hoffmann.

Las dos, atacadas por una misma afección nerviosa, que terminó en locura, habían transmitido á sus hijos aquella enfermedad, que, atenuada por la transmisión, había pasado á ser imaginación fantástica en Hoffmann, y disposición melancólica en Zacarias. La madre de este último se creía enargada, como la virgen, de una misión divina : su hijo, su Zacarias, había de ser, según ella, el nuevo Cristo, el futuro Siloé prometido en las escrituras. Durante su sueño, tejía para él coronas de flores con las que ceñía su frente y se arrodillaba delante de él, cantando con su voz dulce y armoniosa los más hermosos cánticos de Lutero, y esperando á cada versículo ver convertirse la corona en auréola.

Los dos niños se habían criado juntos : si Hoffmann se había fugado de la casa de su tío era principalmente

porque Zacarias vivía en Heidelberg, donde seguía sus estudios ; y si Zacarias, pagando amistad con amistad, había salido de Heidelberg, y había ido á reunirse con Hoffmann en Manheim, era porque Hoffmann había ido á buscar en Manheim, mejor música que la que se hallaba en Heidelberg.

Pero ya reunidos los dos, y reunidos en Manheim, lejos de la autoridad tan suave de su madre, habían tomado tanta afición á los viajes, á ese complemento indispensable de la educación del estudiante alemán, que habían resuelto visitar á París.

Werner, á causa del espectáculo extraño que debía presentar la capital de Francia en medio del periodo del terror, á cuya época había llegado :

Hoffmann, para comparar la música francesa á la música italiana, y principalmente para estudiar la maquinaria y decoraciones de los teatros, porque entonces tenía la idea, que estuvo acariciando toda su vida, de hacerse director de escena.

Werner, libertino por temperamento, aunque religioso por educación, contaba con aprovechar al mismo tiempo, en pro de sus placeres, la extraña libertad de costumbres á que se había llegado en 1793, y de la cual le había hecho un amigo suyo, vuelto hacia poco de su viaje á París, una pintura tan seductora, que aquella pintura había trastornado la cabeza del voluptuoso estudiante.

Hoffmann contaba con ver los museos, de los que le habían dicho cosas tan maravillosas, y siguiendo sin embargo su carácter, pensaba comparar, en tal caso, la pintura italiana con la alemana.

Cualesquiera que fuesen por otra parte los motivos secretos que tenían los dos amigos, ello es que el deseo de ir á Francia era igual en ambos.

Para realizar este deseo no les hacía falta más que una cosa : dinero.

Pero, por una extraña coincidencia, la casualidad había querido que Zacarias y Hoffmann recibiesen en un mismo día cinco federicos de oro cada uno de sus respectivas madres.

Diez federicos de oro importaban doscientas libras poco más ó menos, cantidad muy agradable para dos estudiantes que vivían abrigados y alimentados por cinco thalers al mes: sin embargo no era suma suficiente para realizar su proyectado viaje.

Á los dos jóvenes se les había ocurrido una idea, y como se les había ocurrido á un mismo tiempo, habían creído que se la había inspirado el cielo.

Esta idea era la de ir á una casa de juego y arriesgar cada uno sus cinco federicos de oro.

Con los diez federicos no había viaje posible; pero arriesgándolos en el juego, podían ganar dinero suficiente para dar la vuelta al mundo.

Dicho y hecho: se acercaba entonces la estación de los baños, y desde el 1.º de mayo estaban abiertas las casas de juego: Werner y Hoffmann se fueron á una de ellas.

Werner fué el primero que tentó fortuna y perdió en cinco cartas sus cinco federicos de oro.

Tocó entonces jugar á Hoffmann.

Hoffmann aventuró temblando su primer federico de oro, y ganó.

Animado por este principio, jugó á la dobla. Aquel día estaba de suerte: de cada cinco cartas ganaba cuatro, y el joven era de los que tienen confianza en la fortuna. En vez de titubear, marchó francamente de párolis en párolis, y no parecía sino que lo impulsaba algún poder sobrenatural: sin combinación premeditada, sin cálculo ninguno, arrojaba el oro sobre la carta y el oro se duplicaba, se triplicaba, se quintuplicaba; Zacarias temblando más que un calenturiento, y palideciendo más

que un espectro, murmuraba en voz baja: — Basta, Teodoro, basta, — pero el jugador se burlaba de aquel temor pueril. El oro seguía al oro; el oro engendraba oro. En fin, dieron las dos de la madrugada, hora en que se cerraba el establecimiento y cesó el juego, y los dos jóvenes tomaron, sin contar, una carga de oro cada uno. Zacarias, que no podía creer que todo aquel caudal era suyo, salió primero, y ya iba Hoffmann á seguirle, cuando un oficial veterano que no lo había perdido de vista mientras había estado jugando, lo detuvo al tiempo de ir á pasar el umbral de la puerta.

— Joven, le dijo poniéndole la mano en el hombro y mirándole con fijeza; si seguís por este estilo haréis saltar la banca: convengo en ello; pero si lográis desbancar al dueño de la casa, no haréis más que ser una presa más segura para el diablo.

Y sin esperar á que Hoffmann le respondiese, desapareció. Hoffmann salió después; pero no era ya el mismo hombre. La predicción del veterano le había dejado frío como un baño helado, y le pesaba el oro que llenaba sus bolsillos: le parecía que llevaba encima una carga de iniquidades.

Werner lo esperaba gozoso. Ambos volvieron juntos á casa de Hoffmann, uno riendo, bailando y cantando, y el otro pensativo y casi sombrío.

El que reía, danzaba y cantaba era Werner.

El que estaba pensativo y casi sombrío, era Hoffmann.

Ambos decidieron, sin embargo, salir, el día siguiente por la noche, para Francia.

Se separaron abrazándose.

Hoffmann se quedó solo y contó su oro.

Había cinco mil thalers: veintitrés ó veinticuatro mil francos.

Se puso á reflexionar, y al parecer, le costaba alguna dificultad el tomar una resolución.

Mientras que reflexionaba junto á la lámpara de cobre que alumbraba su habitación, tenía pálido el rostro, y le corría el sudor por la frente.

Á cada ruido que sonaba en la habitación, aun cuando no fuese más que un ruido tan imperceptible como el del movimiento del ala de un mosquito, se estremecía, y volvía la cara y miraba, aterrado, á su alrededor.

Se le venía á la memoria la predicción del veterano, y murmuraba en voz baja algunos versos del Fausto, y se le figuraba que veía en el umbral de la puerta el ratón colorado, y en uno de los rincones de su habitación el perro de aguas negro.

Finalmente, tomó su resolución.

Sacó á parte mil thalers, cantidad que creía absolutamente necesaria para su viaje, hizo un paquete de los cuatro mil thalers restantes, pegó un papel sobre este paquete, y escribió en el papel:

Al señor burgomaestre de Königsberg para que lo reparta entre las familias más pobres de la ciudad.

Luego, contento con la victoria que acababa de conseguir sobre sí mismo, y tranquilo con lo que acababa de hacer, se desnudó, se acostó y durmió con profundo sueño y sin despertarse hasta las siete de la mañana del día siguiente.

Despertóse á las siete, y su primera mirada fué para sus mil thalers visibles y sus cuatro mil thalers empaquetados. Creía haber soñado.

La vista de los objetos le aseguró de la realidad de lo que había sucedido la noche anterior.

Pero lo que era una realidad para Hoffmann, sobre todo, y aunque no hubiese allí ningún objeto material que se lo recordara, era la predicción del oficial veterano.

Así es que sin sentirlo en lo más mínimo, se puso el vestido que acostumbraba á ponerse, y tomando bajo el

brazo el paquete que contenía los cuatro mil thalers, salió á llevarlos por sí mismo á la diligencia de Königsberg, no sin haber tenido antes el cuidado de guardar en su cajón los mil thalers restantes.

Y después, como se acordarán nuestros lectores que hemos dicho que había convenido en salir aquella misma noche para Francia, Hoffmann se puso á hacer sus preparativos de viaje.

Yendo y viniendo de acá para allá, ya sacudiendo una casaca, ó plegando una camisa, ó arreglando dos pañuelos, Hoffmann miró por acaso hacia la calle, y se quedó parado en la misma disposición en que se hallaba.

Una joven de diez y seis á diez y siete años, lindísima, y forastera sin duda en la ciudad de Manheim, supuesto que Hoffmann no la conocía, venía del extremo opuesto de la calle y se dirigía á la iglesia.

Jamás había visto una belleza semejante en sus ilusiones de poeta, de pintor y de músico.

Era una cosa que sobrepujaba no sólo á cuanto había visto, sino á cuanto esperaba ver.

Y sin embargo, á la distancia en que se hallaba no veía más que un conjunto arrebatador, sin poder examinarlo en sus pormenores.

Una criada anciana acompañaba á la joven.

Las dos subieron lentamente las gradas de la iglesia de los Jesuitas y desaparecieron por el portal.

Hoffmann dejó su maleta á medio hacer, una casaca á medio cepillar, un sobretodo á medio plegar, y se quedó inmóvil detrás de la cortina de su ventana.

En aquel sitio es en el que lo hemos encontrado, esperando á que saliese la joven que había visto entrar en la iglesia.

No temía más que una cosa; y era que en lugar de ser mujer fuese un ángel, y que en lugar de salir por la

puerta, saliese volando por las ventanas para volverse al cielo.

En esta situación le sorprendimos nosotros, y en la misma le sorprendió, después de nosotros, su amigo Zacarías Werner.

El recién venido, como ya hemos dicho, puso en seguida su mano sobre el hombre de su amigo y sus labios en su frente.

Después lanzó un tremendo suspiro.

Aunque Zacarías estaba generalmente muy pálido, aquel día lo estaba más aún que de costumbre.

— ¿Qué tienes? le preguntó Hoffmann verdaderamente alarmado.

— ¡Oh! amigo mío! exclamó Werner: ¡soy un picaro, un infame! merezco que me maten... rómpeme la cabeza con un hacha... atraviésame el corazón con una flecha. Ya no soy digno de ver la luz del cielo.

— ¡Bah! exclamó Hoffmann con la agradable distracción del hombre dichoso: ¿qué te ha pasado, amigo mío?

— Ha pasado... lo que ha pasado: ¿no es esto? ¿no me preguntas qué es lo que me ha pasado? Pues bien, amigo mío: que me ha tentado el demonio.

— ¿Y qué quieres decir con eso?

— Que al ver todo mi oro esta mañana, había tanto, tanto, que se me figuró que aquello era un sueño.

— ¡Cómo! ¿un sueño?

— Estaba en una mesa y la mesa estaba toda llena, continuó Werner. Pues bien, cuando vi aquello, cuando vi aquel caudal; ¿mil federicos de oro, amigo mío! cuando vi que cada pieza lanzaba un rayo de fuego, me dió tal ansiedad y tal deseo que no pude resistir á la tentación y agarré la tercera parte de aquella cantidad y me fui á la casa de juego.

— ¿Y perdiste?

— Hasta el último kreutzer.

— ¿Y qué quieres hacerle? No ha sido grande desgracia supuesto que te han quedado las otras dos terceras partes.

— ¡Si, las dos terceras partes! Perdida la primera, volví á casa en busca la segunda...

— ¿Y la perdiste como la primera?

— Más pronto, amigo mío, más pronto.

— ¿Y volviste en busca de la tercera?

— No, no volví, volé: tomé los 1500 thalers restantes y los puse en la colorada.

— Y salió la negra, ¿no es verdad? dijo Hoffmann.

— Ay, amigo mío, la negra, que esa es mi suerte; la horrible negra sin vacilación, sin remordimiento, como si con sólo salir no me arrebatare mi última esperanza. ¡Salió, amigo mío, salió!

— ¿Y tú no sientes la pérdida de los dos mil federicos nada más que por el viaje?

— Nada más que por eso. ¡Oh! si yo tuviera para ir á París, aunque fueran quinientos thalers!...

— ¿Te consolarías de haber perdido lo demás?

— Al momento.

— Pues bien: no te dé cuidado por eso, querido Zacarías, dijo Hoffmann conduciéndole á su cómoda; toma, aquí tienes los quinientos thalers: echa á andar.

— ¿Cómo que eche á andar? exclamó Werner; ¿y tú?

— ¡Oh! yo no voy ya.

— ¿Qué dices? ¿que no vas ya?

— No: á lo menos en este momento no.

— ¿Pero por qué? ¿por qué razón? ¿qué hay que te impida partir? ¿qué hay que te detenga en Manheim?

Hoffmann agarró por el brazo á su amigo y se lo llevó á la ventana. La misa se había concluido, y la gente empezaba á salir de la iglesia.

— Calla; mira, mira, dijo llamando la atención de Werner hacia un objeto y designándolo con el dedo.

Y en efecto la joven desconocida aparecía en lo alto del portal, bajando lentamente las gradas de la iglesia, con el libro de misa junto al pecho, la cabeza agachada, y tan modesta y tan pensativa como la Margarita de Goethe.

— ¿La ves? murmuraba Hoffmann, la ves?

— Ya se ve que la veo.

— Y bien; ¿y qué dices?

— Digo que no hay mujer en el mundo que valga lo que un viaje á Paris, y que ninguna merece que le sacrifique este viaje, aun cuando sea la hermosa Antonia, hija del anciano Gottlieb Murr, nuevo director de orquesta del teatro de Manheim.

— ¿Conque la conoces?

— Ciertamente.

— ¿Y conoces á su padre?

— Era director de orquesta del teatro de Francfort.

— ¿Y puedes darme una carta para él?

— Muy fácilmente.

— Ponte ahí, Zacarías; siéntate ahí y escribela.

Zacarías se sentó á la mesa y escribió la carta.

En el momento de partir para Francia, recomendaba su joven amigo Teodoro Hoffmann á su anciano amigo Gottlieb Murr.

Hoffmann apenas dió tiempo á Zacarías para acabar la carta; puesta la firma, la agarró, y abrazando á su amigo, se lanzó fuera de la habitación.

— Lo mismo da, le gritó Zacarías Werner por última vez; ya verás que no hay mujer, por linda que sea, que logre hacerte olvidar á Paris.

Hoffmann oyó las palabras de su amigo; pero no juzgó á propósito ni siquiera el volver la cabeza para respon-

derle, ó para hacerle un signo de aprobación ó de reprobación.

Zacarías Werner, por su parte, metió sus quinientos thalers en su bolsillo, y para no verse tentado otra vez por el demonio del juego, se fué tan precipitadamente al hotel de las mensajerías, como Hoffmann á la casa del anciano director de orquesta.

Hoffmann llamaba á la puerta del maestro Gottlieb Murr en el mismo momento exactamente en que Zacarías Werner subía á la diligencia de Strasburgo.

VII

El maestro Gottlieb Murr

El mismo director de orquesta fué quien abrió la puerta á Hoffmann, quien lo conoció á pesar de no haberlo visto nunca.

Aquel hombre, por más grotesco que fuese, no podía ser sino un artista, y aun un grande artista.

Era un hombre ya de cincuenta y cinco á sesenta años, con una pierna torcida, y que no cojeaba sin embargo con ella, aun cuando parecía un tirabuzón. Andando ó mejor dicho brincando, y cuenta que su brinco se parecía mucho al de los gorriones, brincando, digo, y adelantándose á todas las personas que entraban en su casa, se detenía, hacia una pirueta sobre su pierna torcida, con lo que parecía que abría un barreno en el suelo, y continuaba su camino.